

CRÍTICA DE LIBROS

FRANCISCO JAVIER PEÑAS: *Hermanos y Enemigos. Liberalismo y Relaciones Internacionales*, Los Libros de la Catarata y Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2003. 318 páginas.

En *Hermanos y Enemigos*, Francisco Javier Peñas va a partir del análisis teórico de las contradicciones propias del discurso liberal extendido al ámbito de las relaciones internacionales para, en un diálogo constante entre las distintas tradiciones teóricas de la disciplina de Relaciones Internacionales —la realista, la de la moralidad de los estados y la cosmopolita— ir desvelando en qué medida tales contradicciones pueden afectar hoy a la construcción de un discurso moral internacional.

El autor señala que el planteamiento ideológico liberal aplicado al ámbito de las relaciones internacionales ha ido arrastrando desde su surgimiento hasta nuestros días una importante contradicción, la de la consagración del estado como unidad de análisis junto a las necesidades universalistas del ideal liberal, que hace que el liberalismo deba tener una aplicación distinta dentro de las fronteras del estado de la que tiene fuera de ellas. Tal contradicción, que en un principio puede aparentar un carácter exclusivamente teórico, tiene unas consecuencias prácticas que han tenido y siguen teniendo un impacto sobre nuestro sistema internacional, el cual se ve aquejado de una especie de esquizofrenia que le incapacita para reconciliar los imperativos liberales defendidos hacia el interior del estado con la realidad interestatal internacional.

La cuestión que interesa especialmente al autor es cómo tal combinación de estatismo y universalismo ha marcado nuestro entendimiento sobre el aspecto normativo de las relaciones internacionales, esto

es, sobre el intento de establecer unas pautas morales de comportamiento dentro del ámbito internacional. Como demuestra a través de su ir y venir teórico entre el pasado y el presente, el principal impedimento de tal intento es su constante enfrentamiento con el estatismo imperante que, cuando es asumido, acaba derivando en pesimismo antropológico —como es el caso del realismo— y cuando no lo es, da lugar, bien a una moralidad internacional limitada —es la visión aportada por los teóricos de la moralidad de los estados—, bien a una analogía entre la moralidad interna de los estados y su moralidad exterior —plantada por los cosmopolitas—, todas ellas soluciones que presentan numerosas dificultades.

Ahora bien, aunque el autor haya constatado que las soluciones teóricas planteadas hasta el momento han resultado insuficientes, demostrando, así, la dificultad que implica mantener un discurso moral aplicado a las relaciones internacionales, el objetivo de su obra sigue siendo el de mantener un debate constante sobre esta cuestión. No pierde de vista que, queramos o no, la moralidad sigue y seguirá presente en el discurso internacional y, por tanto, la discusión normativa es tan necesaria —porque todo poder necesita legitimarse y, por muy realista que sea, utiliza un discurso normativo para justificar sus acciones tanto frente a otros poderes como frente a sus ciudadanos— como inevitable, pues se encuentra siempre presente en toda actuación humana.

Una muestra de la pertinencia hoy del mantenimiento de un debate sobre valores dentro de las relaciones internacionales la constituye el sostenimiento de la tesis de la paz democrática. Esta tesis, que tiene su origen en el imperialismo que acompañó al liberalismo decimonónico, nos demuestra cómo el universalismo liberal, en su lucha constante contra el estatismo, de igual forma que en el pasado llevó a la imposición de sus criterios por la fuerza, hoy nos lleva a defender la exportación de la democracia de forma coercitiva. Con la necesidad de imponer la democracia en aras de conseguir la promoción de la paz, puesto que los estados democráticos no se hacen la guerra entre ellos, no estamos moviéndonos más que dentro del terreno de la moralidad, por más que la forma de presentar el problema sea la de una realidad tangible e incuestionable, lo que constata una vez más la necesidad de revitalizar el debate normativo dentro de las Relaciones Internacionales. El autor, por ello, también dedicará parte de la obra a debatir la procedencia o no de tal tesis atendiendo a las críticas que los teóricos más relevantes, dentro de las tres tradiciones ya señaladas, han hecho a la misma, preguntándose si realmente es la paz democrática nuestro único horizonte moral dentro del liberalismo o debemos iniciar la búsqueda de otra moralidad.

El objetivo constante de la obra es, por tanto, intentar conciliar el estatismo y el universalismo propios del liberalismo mediante la reactivación de un debate moral que a un tiempo esquivé el realismo y el positivismo y evite la cruzada de la paz democrática. Ahora bien, el autor es consciente tanto de lo minoritario de su propuesta como de lo arriesgado de la

empresa planteada, pues algo que le permite su pormenorizado análisis teórico es acumular la experiencia necesaria para determinar que cualquier discurso moral resultante del debate no dejará de ser el resultado de las contingencias históricas en las que se forme, y las mismas no son muy distintas a las del pasado teórico frustrado. Debemos estar preparados, por tanto, para llevar a cabo tal discusión ética siendo conscientes que estará marcada por las características de la realidad internacional presente, ya que cualquier omisión de tal hecho sólo puede llevarnos a la presentación de utopías irrealizables y, como dice el autor, “una moralidad imposible de seguir no es una moralidad”. Del mismo modo cualquier debate sincero deberá ir precedido de la asunción de que la fosilización del orden existente a través del liberalismo y su naturaleza de discurso hegemónico nos ha dotado de un idioma y un vocabulario que nos viene predeterminado, por lo que cualquier intento de utilizar otro puede ser tan inútil como peligroso. En resumen, moralidad internacional sí, pero dentro del marco estatal y liberal preestablecido intentando utilizar la experiencia teórica del pasado para evitar caer tanto en el imperialismo moral como en el pesimismo más absoluto.

Pocas son las certezas que encontraremos en esta obra a excepción de la necesidad de no abandonar el debate moral dentro de las relaciones internacionales. Cuál deba ser el contenido de tal debate y las respuestas al mismo queda en manos de otros. No es aconsejable, por tanto, abordar la lectura de esta obra pretendiendo encontrar en ella soluciones inmediatas a las inquietudes actuales sino más bien herramientas teóricas para elaborar solu-

ciones propias e imaginativas que superen los errores o inexactitudes del pasado y que, ante todo, sean conscientes de que se seguirán moviendo en un mundo en el que el paradigma del estatalismo aún no ha sido superado.

El constante diálogo teórico con el pasado y el presente en busca de los aciertos y fallos de las teorías existentes tiene como objetivo, de este modo, no tanto encontrar respuestas sino más bien darnos pistas para afrontar la situación actual. Recuperando, así, la discusión abstracta

propia de la teoría de las Relaciones Internacionales, la obra acaba enfrentándose a cuestiones prácticas de enorme utilidad y pertinencia que en un escenario teórico de recuperación del discurso realista más descarnado representa, sin duda alguna, una isla en medio de la tormenta donde reflexionar sobre las futuras acciones a llevar a cabo sin dejarnos llevar por el derrotismo o por el individualismo estalista extremo.

EMMA BENZAL ALONSO